

RESEÑAS



AUGUSTO PONZIO, *Gramática transformacional e ideología política*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1974; 117 pp. (Colección fichas, 36).

Indudablemente, las teorías lingüísticas de Noam Chomsky han despertado profundo interés no sólo entre los lingüistas, sino también entre los filósofos y los científicos de otras ramas del saber. El intento de Ponzio por comprender y explicar los procesos de la producción lingüística —superando los postulados estructuralistas, que proponen sólo el producto lingüístico como material científico de estudio—, ha venido a suscitar, nuevamente, el interés por la comprensión profunda del hecho lingüístico. Y digo *nuevamente*, porque con frecuencia se olvida la historia de los estudios lingüísticos, y con ello, se piensa que determinadas concepciones científicas son totalmente nuevas, cuando en realidad estaban planteadas desde tiempo atrás.

Chomsky no cae en ese error. Ya suman decenas los volúmenes —principalmente de origen europeo— que se dedican a discutir si el profesor norteamericano ha entendido convenientemente o no, a los autores que considera como antecesores de sus teorías. A lo largo de su obra aparecen citados lingüistas y filósofos anteriores a él que de una u otra manera habían tratado los problemas de la producción del lenguaje, aunque —como es natural— no aparezcan todos, y a veces falten algunos muy importantes (piénsese, por ejemplo, en la ausencia de G. Von Der Gabelentz, con respecto al concepto de *transformaciones*). Sin embargo, debe abonarse a la cuenta de Chomsky el sentirse continuador de los estudios lingüísticos universales, y no un “revolucionario” como algunos han querido considerarlo. En su obra pueden encontrarse influencias de otras posiciones lingüísticas, como las de Saussure, Bloomfield, Harris, Jakobson, entre otros. De esta manera, la *Gramática generativa* es una manera de analizar el lenguaje, quizá la más discutida en este momento, pero al fin y al cabo sólo una de ellas.

Estas consideraciones nos permiten aclarar algunos asertos no muy precisos que aparecen en el *Prefacio* de la obra que reseño. Por ejemplo, cuando se dice: “Tomar posición con respecto a la lingüística chomskiana significa tomar posición

también con respecto a la ciencia lingüística en su totalidad, tal como nos ha sido presentada hasta hoy. No creo que se puedan discutir adecuadamente los diversos enfoques de la lingüística contemporánea sin verlos a través de la lente chomskiana, y sin tomar en consideración las alternativas que, con respecto a éstos concibe la teoría de la Gramática Transformacional en lo referente a la manera de plantear la problemática del lenguaje" (p. 7). Tal vez Augusto Ponzio no recuerde que existen escuelas lingüísticas contemporáneas que rechazan las teorías de Chomsky y otras que simplemente trabajan con postulados científicos distintos.

Esta rectificación se hace necesaria porque el autor da a entender a lo largo de la obra que, al objetar la teoría chomskiana, está objetando toda la ciencia lingüística, cosa por demás inadmisible.

En cuanto a los objetivos de su trabajo, nos dice Ponzio que pretende romper con "los esquemas, las categorías, las perspectivas de la lingüística de los lingüistas, es decir, de la lingüística como ciencia separada", y plantear la posibilidad de una teoría del lenguaje de mayores alcances, que incluya la ideología como elemento fundamental. Puede resumirse esta obra en tres afirmaciones: 1) Chomsky, según Ponzio, pretende incluir al hablante en el análisis del lenguaje (procesos de codificación y decodificación). 2) Sin embargo no logra hacerlo porque en su teoría no incluye la ideología. 3) Una auténtica teoría del lenguaje debe, pues, incluir la ideología porque con base en ella comprendemos los mensajes. Para demostrar estas tesis analiza "las relaciones que existen entre la lingüística y la ideología política de Noam Chomsky a través del análisis de sus escritos sociopolíticos". Así pues, la obra, en su primera parte, se refiere a problemas lingüísticos, y en la segunda, a problemas sociopolíticos.

Este tipo de estudios nos muestra las dificultades a que se enfrenta el filósofo cuando tiene necesidad de trabajar con información muy especializada de una ciencia específica, en este caso la lingüística. Por ser un trabajo que está a caballo entre la refutación de una teoría lingüística y un planteamiento filosófico, pronto surgen problemas de interpretación que, a mi juicio, el autor no logra sortear con éxito. En ciertos momentos se tiene la impresión de que algunos aspectos de la teoría que refuta no son comprendidos cabalmente. En algunos casos sus afirmaciones resultan gratuitas o infundadas. Para decir que "la gramática transformacional, a pesar de cier-

tas apariencias debidas a la terminología que emplea, elude el problema de la *producción lingüística*" (p. 8), se requiere de análisis más profundos de los que se hacen en este libro. Criticarle al autor norteamericano que su teoría "no consigue explicar el componente ideológico del discurso" (p. 8), es pedirle cuentas de algo que él nunca pretendió lograr.

La segunda parte del libro, que de alguna manera está orientada a presentar la necesidad de incluir la ideología en una teoría del lenguaje, también es discutible, sobre todo por la posición radical que toma el autor. Es evidente que la ideología es un componente fundamental en determinado tipo de mensaje; pero afirmar que "la competencia lingüística que decide las modalidades de codificación y decodificación de los mensajes está orientada según determinadas ideologías" o que "una teoría que se proponga el análisis de las relaciones profundas de la lengua desplazando su interés hacia los procesos de la producción social lingüística debe realizarse como teoría crítica de la ideología" (p. 66), es negar a la lingüística la posibilidad de estudiar el lenguaje, porque los procesos de codificación y decodificación estarían en el nivel ideológico, campo que compete o bien a la antropología, o bien a la etnología, o bien a la filosofía. La *Gramática generativa* se interesa por conocer cómo se formulan y se entienden los mensajes, y no cómo se engendran. La ciencia lingüística parte de códigos. Las ciencias citadas anteriormente y otras estudian esos códigos. El análisis lingüístico se centra en el estudio del proceso que va del código al mensaje y de éste al código, además del mensaje mismo. Las otras ciencias estudian los contenidos de esos códigos. El no distinguir estas fases del proceso cognoscitivo origina afirmaciones contradictorias como decir que "La gramática generativa a la que hay que atenerse para la formulación e interpretación adecuadas de los mensajes se constituye sobre la base de determinadas relaciones de poder, de ideologías, de intereses de clase". Debemos preguntarnos si podrán existir gramáticas ideológicas, porque si las hay, habría que pensar que las ciencias no tendrían razón de ser y deberían ser substituidas por las ideologías.

Algún autor ha propuesto la superación de la lingüística tradicional con base en la creación de una lingüística marxista (opinión a la que parece sumarse Augusto Ponzio); sin embargo, a esta proposición ya ha contestado L. Rosiello con gran claridad y justeza cuando dice: "...nos parece menos probable la posibilidad de fundar una 'lingüística marxista' (del mismo

modo como es absurda una física marxista): la lingüística es una ciencia empírica con su propio aparato nocional y metodológico formalizado, que difícilmente pueda ser modificado por un proceso de verificación cumplido con los esquemas de análisis de las relaciones sociales propios del método marxista" (L. Rosiello en *Rinascita*, 27 (1970), *cit.*, en G. Prestipino, "Semiología, marxismo e filosofía").

Si se admitiera una lingüística marxista, resultaría válida la afirmación de Ponzio de que "la competencia lingüística del hablante obedece a precisas prescripciones sociales, las cuales provienen de la clase dominante, cuya ideología se refleja en el control de la modalidad de codificación e interpretación *correctas* de los mensajes" (p. 55); y entonces se podría preguntar ¿con qué ideología entendemos los números? ¿Su comprensión está ligada necesariamente a determinada ideología? ¿Depende su comprensión de un sistema económico social determinado? A nadie se le oculta que las series de generalizaciones a las que se han llamado ideologías (Schaff), aparecen en el fondo de las diversas concepciones que pueden tenerse acerca del mundo; pero afirmar que ellas son la base de la codificación y decodificación de los mensajes concretos, no parece muy acertado. Es indudable que las ideologías están relacionadas estrechamente con la creación de *valores* más que de *contenidos*; el tener determinada ideología permite al hablante atribuir determinado *valor* a un *contenido* determinado, pero no le proporciona ella misma el *contenido*; éste es proporcionado por la experiencia. Por esta razón, la ideología es un elemento indispensable para la comprensión total del universo, pero no influye de manera inmediata en la comprensión del mundo objetivo.

La verdad es que en el fondo de esta concepción de la teoría del lenguaje que propone Augusto Ponzio, está la teoría lingüística-marxista de Marr: "Mientras que Marr convirtió el lenguaje (entendido como "lenguaje y pensamiento a la vez") en una ideología y construyó su teoría de la estratificación del desarrollo lingüístico sobre el supuesto de que la formación del lenguaje es un reflejo de las formaciones sociales, clasistas, Sapir sustentaba, por el contrario, la opinión de que no existe absolutamente ninguna dependencia del lenguaje respecto al desarrollo cultural..." (Schaff, *Lenguaje y conocimiento*, México, 1967, p. 259). Además, debe afirmarse que esta teoría, por obsoleta, ha sido superada aun dentro del pensamiento marxista: "De ello no se desprende en modo alguno que se deba aceptar la concepción extrema de Marr" (Schaff, p. 259). De

esta manera, la propuesta de Ponzio, expuesta en la segunda parte de su libro, resulta ya anacrónica en términos generales, aunque no le falta razón cuando afirma que "la comprensión del significado de las palabras y el aprendizaje de su uso apropiado requieren que el sujeto supere los límites de la esfera estrictamente lingüística y experimente las palabras en el ámbito de contextos situacionales, además de lingüístico verbales" (p. 35); porque la comprensión y el uso del código verbal traen aparejada la continua referencia a códigos no-verbales, que están estrechamente vinculados entre sí. Pero eso no quiere decir que la *lingüística* y la *gramática generativa* hayan fracasado por no incluir la ideología dentro de sus temas de estudio. Ya Ferdinand De Saussure habló de la *Semiología* que de alguna manera comprende el estudio de la ideología, por cuanto que le señala como objeto el estudio de los diversos sistemas de comunicación (o de signos) dentro de la sociedad.

La tercera parte de la obra (capítulos dedicados a la ideología política de Chomsky), contra lo que pudiera esperarse, es muy reducida. El análisis es superficial y la confusión de planos vuelve a aparecer. De alguna manera se ponen en el mismo nivel las opiniones políticas de Chomsky y sus investigaciones lingüísticas, y se llega a decir que las primeras son superiores a las segundas: "Creo que el análisis de los procesos de formación de enunciados que realiza Chomsky en *Los nuevos mandarines* sobre la base de las estructuras ideológicas de la política americana es —a pesar de ciertos límites— sin duda más adecuado y más completo, además, de ser más crítico, que el que realiza sobre la base de la puesta en evidencia de las *estructuras profundas* en el sentido de la gramática generativa" (p. 47). Esto podría discutirse si no hubiera contestado ya el mismo Chomsky, cuando se le preguntó en una entrevista reciente: "¿Existe alguna relación entre su teoría lingüística y sus ideas políticas y sociales? *Chomsky*: La pregunta cabe plantearla en dos niveles distintos: uno, en cuanto a las relaciones históricas; el otro, relativo a las conceptuales. Ambos son extremadamente sutiles, si bien creo que el más interesante es el nivel referente a las relaciones de orden conceptual. Por un lado, creo que en él se inscriben, en cierto modo, mis propios puntos de vista acerca de la naturaleza de la sociedad, de una sociedad justa, o bien acerca de la naturaleza del cambio social. Por una parte, *mis puntos de vista sobre el lenguaje ocupan una posición aparte*. Uno puede tener razón y, a la vez, estar equivocado. *No puedo establecer una conexión adecuada entre ambos niveles*. Desde

otra perspectiva, existe una vaga similitud, *algunos lazos comunes que presiden ambos enfoques —a lo que yo no concedería una excesiva importancia, ni espero que nadie se lo tome demasiado en serio—* aunque ambos se encuentren vinculados por un mismo concepto de la naturaleza humana" (*Revolución en la lingüística*, México, 1973, pp. 17-18). Es, pues, esta obra, un libro propicio para la polémica.

ANTONIO ALGALÁ ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

ANTHONY ARLOTTO, *Introduction to historical linguistics*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1972; 274 pp.

Los procesos del cambio lingüístico, los problemas de la reconstrucción y la agrupación genética de las lenguas —especialmente de las indoeuropeas— son los temas principales que trata el Profesor Arlotto a través de los 15 capítulos que forman este libro. En él, muestra y explica con gran claridad los logros más relevantes que con respecto a los asuntos antes mencionados se deben entre otros, a Grimm, Verner —cuyos descubrimientos probaron a los lingüistas del siglo XIX que las lenguas podían sujetarse al análisis científico—, Grassman, Saussure —quien genialmente postuló la existencia de las laríngeas del indoeuropeo temprano—, Bloomfield o Kiparsky. El carácter didáctico de la obra lo lleva a indicar al lector principiante las referencias bibliográficas fundamentales, que comenta al final de cada apartado, la manera de verter a fórmulas las realizaciones fonéticas de las lenguas, el modo de proceder en el análisis de los materiales con que trabaja el lingüista historiador, y los puntos menos explorados en el ámbito de la lingüística histórica. Dejando a un lado los problemas teóricos aún no resueltos, expone lo fundamental de cada una de las cuestiones que trata. Por ejemplo, en la parte que dedica a la técnica de la reconstrucción fonológica, después de insistir en que debe tenerse presente el patrón fonológico de las lenguas que se comparan, y que los cambios siguen, por lo regular, una tendencia general, señala las características que han de presentar las voces donde pueden encontrarse los cognados de una familia lingüística (p. 91).

La formación bloomfieldiana de Arlotto, a la cual pueden añadirse las enseñanzas de Meillet y de Benveniste, no le im-